

allí la muerte. Pero temiendo el rey que no aprobase el Cubo tal resolución, se obtuvo por entonces de hacerlos morir, sin que haya podido averiguarse, lo que pudo acontecerles.

15. Sucedió por este tiempo el martirio de cierto personaje del Japon, llamado D. Melchor Bugendono, el cual era señor de Miri, plaza principal del reino de Aquí, capitán y ministro de gran valía de Moridono, rey de Amangusci. Era idólatra el rey, y aunque no ignoraba que había ya diez y ocho años que D. Melchor era cristiano, á pesar de lo mucho que le apreciaba, se empeñó al fin en que renunciase á la fé de Jesucristo. El noble caballero contestó á la proposición del rey, que estaba pronto á perder por él la vida, mas que no podía de modo alguno renunciar á su religión. A tal contestación, mandóle decir el rey, que pronto le haría conocer cuanto cuesta despreciar á su príncipe. Coligió desde luego D. Melchor que no tardaría en ser sentenciado á muerte; y como se hallaba poseído de un vehemente deseo de morir por Jesucristo, mandó contestarle, que si su intimación contenía el decreto de su muerte, le rogaba que le mandase arrastrar por las calles de la ciudad, con un pregonero que publicase que había sido condenado á aquella pena por ser cristiano. No se detuviera el rey en hacerle entonces morir, llevado de su ciega ira, si, temiendo que Daifusama desaprobaba la ejecución, no sofocase su rabia por el momento, esperando mejor coyuntura. Pasados cuatro años y llegado el instante apetecido, mandó el rey un destacamento de mil soldados á casa de D. Melchor, con un Bonzo y un caballero que le intimaron de parte del príncipe que les entregase el hijo y un sobrino que tenía consigo, en

rehenes y seguridad de que no resistiría á la ejecución de la justicia. Al día siguiente, que fué el 16 de agosto de 1605, se le presentaron dos ministros y le intimaron la sentencia. Leyóla D. Melchor sin inmutarse, diciendo solamente, que moría sin mas delito que ser cristiano. No pudo obtener el cumplimiento de su petición de ser arrastrado, y los verdugos le dijeron que muriese con valor, abriéndose el vientre, como se usa en el Japon; pero el buen caballero dijo que quería morir no como japonés desesperado, sino como cristiano, resignado á la divina voluntad. Puesto en seguida de rodillas en su cuarto delante de una imagen de Jesucristo y de María Santísima, mientras encomendaba su alma á Dios, le fué cortada la cabeza. Dióse cuenta al bárbaro rey, que no contento con la muerte de tan buen caballero, mandó que fuesen igualmente degollados sus hijos, sus sobrinos y su esposa, y que fuesen en seguida quemados todos, lo cual se puso al momento en ejecución. Todavía hizo morir después á un yerno suyo cristiano, y á mas de cien criados del mismo D. Melchor. El obispo del Japon tomó estensos y veraces informes de todo lo acaecido, y remitió el expediente formalizado á Roma.

16. A la muerte de este piadoso caballero añadiremos la de un pobre ciego cristiano, llamado Damian. Había sido bautizado en 1585, y como estaba dotado de natural talento, iba por todo explicando y propagando la fé. Habiendo sido espulsado de una iglesia cierto sacerdote que tenía el encargo de instruir á los fieles, entró á reemplazarle, y desempeñaba su encargo con extraordinario celo, predicando y bautizando en caso necesario. El rey Moridono informado de todo esto,

mandó á llamarle por dos de sus oficiales, y Damian se les presentó al punto. Prometiéronle estos grandes premios de parte del rey si renunciaba á la religion de Jesucristo, y le amenazaban con la muerte si se resistia. Damian no titubeó con la eleccion, contestándoles : — Señores, me proponeis la vida ó la muerte ! Elijo la última como digna de ser preferida á todos los bienes que me prometéis. — Proseguia en demostrarles la verdad de la religion cristiana ; pero sin darle oidos los ejecutores dispusieron darle muerte. Temiendo sin embargo escitar algun tumulto, lo pusieron á caballo la noche siguiente, para conducirle al lugar del suplicio. Cuando al apearse supo Damian que iba á ser ajusticiado por ser cristiano, se puso al punto en oracion, y despues de cortos instantes dando gracias á Jesucristo porque le hacia morir por su amor, estendió el cuello para recibir el fiero golpe. Levantando la cuchilla el verdugo le dijo que todavía podia salvarse si queria abjurar su religion, mas el piadoso Damian le contestó intrépido : — Quiero morir cristiano : cumple con tu deber : — y el verdugo le cortó la cabeza.

17. Daremos ahora cuenta del martirio de un caballero llamado Leon, de la ciudad de Saxuma. Desde que habia sido bautizado no cesaba un instante de hablar de Dios ; si los amigos le instaban á jugar ó á otra diversion, les decia que siendo la vida tan breve no podia perder tiempo alguno para trabajar á ganarse aquella que no tiene fin. Era vasallo de Tono, y este le mandó intimar que si no dejaba la religion cristiana le haria dar muerte : Leon contestó que estaba pronto á morir primero que dejar la fé de Jesucristo. El Tono hizo hablar á todos sus parientes y amigos para hacerle preva-

ricar, su respuesta era siempre que no podia ser infiel á su Dios ; por la cual el Tono se resolvió al fin á condenarle á que le cortasen la cabeza. Ordenó pues que ocho soldados fuesen un dia á prenderle en su casa. Leon los recibió cortesmente y les aseguró que estaba pronto á seguirles. Se vistió como para una festividad, y despidiéndose de su esposa, que era pagana, le dijo : Querida esposa, si me amas, si quieres que volvamos á reunirnos despues de la muerte, abraza desde luego la religion cristiana, pues de lo contrario estaremos tan separados como lo está el cielo del infierno. — Se encaró despues con su hijo mayor, que tenia 17 años y era tambien idólatra, y le dijo : — Hijo, si amas á tu padre, seguirás su ejemplo y marcharás á encontrarle en el paraiso : — Y volviéndose por fin al menor, que ya habia sido bautizado, le dijo. — Hijo mio, aprende, con mi ejemplo, á perder primero la vida que la fé. — Marchó en seguida á la plaza, en donde eligió morir para que supiesen todos que moria por ser cristiano.

Se despojó de la espada y del puñal, y tomando la corona y una imágen de Jesucristo, encomendó su alma á Dios ; y concluida la breve oracion, hizo seña al verdugo para que le cortase la cabeza, como se ejecutó al punto.

18. Despues de esta muerte sucedió la de dos jóvenes llamado el uno Juan, y el otro Miguel, los cuales habia cuatro años que estaban presos por ser cristianos. El rey Cauzagedono recordando en cierta ocasion que todavía seguian presos, y que no habian querido renunciar á la fé cristiana hasta entonces, ordenó que fuesen decapitados, y que se hiciese otro tanto con sus hijos. Informados los dos caballeros de la sentencia, Miguel

rogó al gefe de su custodia que le hiciese morir crucificado como murió Jesucristo, y Juan que lo hiciese pedazos hasta acabar la vida : el ministro se lo prometió, creyendo ejecutarlo despues de muerto. Caminando para el suplicio Miguel iba con firme y veloz paso, pero iba Juan lentamente, primero porque habia poco que habia salido de una grave enfermedad, y luego porque llevaba al cuello una cuerda tan fuertemente apretada, que apenas le dejaba respirar. Mientras iban andando, el ministro mandó por los hijos de entrambos. Tomás, hijo de Miguel tenia 12 años, y Pedro hijo de Juan, tenia 6. Oyendo Tomás que su padre caminaba ya para el suplicio, sintió tal deseo de morir, que salió corriendo fuera las puertas de la ciudad, y habiendo alcanzado á su padre le dijo: — Padre, aquí está Tomás vuestro hijo, que morirá con vos por la fé de Jesucristo. No temo la muerte, antes bien la deseo : iremos juntos al cielo. — Esperábase la llegada de Pedro, que tardaba ya, y el ministro queria que se apresurase la ejecucion. Cortóse la cabeza primero á Miguel, á cuyo fin quiso el verdugo apartar á su hijo para que no se horrorizase al ver á su padre muerto; pero el muchacho, creyendo que lo llevaban á morir á otra parte, exclamó con denodado valor: — No : quiero morir aquí, junto á mi padre. — Por lo cual conducido al lugar que habia indicado, presentó la cabeza con sereno rostro, y le fué separada del cuerpo, pronunciando los nombres de Jesus y de María. Siguió despues la ejecucion de Juan. Faltaba la de su hijo Pedro que se hallaba á la sazón en casa de su abuelo que estaba distante de aquel sitio. Pocos dias antes habia oido el tierno infante que su padre debia morir por la fé, y con la mas inocente ale-

gria dijo entonces : — Yo tambien seré conducido á la muerte con mi padre, porque yo tambien soy cristiano.

Habiendo llegado los soldados á la casa del abuelo, encontraron al niño durmiendo ; lo despertaron pues y le dijeron que su padre le esperaba á morir con él, y el chico al punto salió con los soldados que lo llevaban de la mano, apresurando el paso tanto como podia, lo cual hacia derramar lágrimas á cuantos lo veían. Habiendo llegado al lugar del suplicio, pónese de rodillas, y reparando que se preparaba la cuchilla, cruza sus manecitas y presenta el cuello : el verdugo enternecido, vuelve el acero á la vaina y se retira, diciendo que no tenia valor para ensangrentarse en aquel tierno corderito. Dispúsose que otros dos verdugos hiciesen la justicia, pero uno tras otro se retiraron tambien con los ojos bañados en lágrimas : solo hubo un esclavo que se ofreciera á consumir aquel sacrificio ; y poco adiestrado en semejante oficio, le descargó un golpe en las espaldas que le hizo rodar por el suelo : dióle otros dos en el cuello, sin mejor éxito, por donde fué preciso que se lo fuese segando con fuerza, cuya crueldad no habria usado ni una fiera. Miguel tenia ademas una hija, la cual fué puesta en salvo por algunos cristianos y enviada á Arima, en donde la eligió un caballero principal para esposa de su hijo : dijéronle que no tenia dote, y el caballero contestó : — ¡ Es poco dote ser hija de un mártir! — Y pasó adelante el matrimonio.

49. En Firando se dió tambien muerte por la fé á otros tres caballeros. Uno de ellos, muy principal, se llamaba D. Gaspar y era señor de una tierra llamada Jomanda. Este casó una hija suya llamada Maria con el hijo del gobernador de una isla, el cual se llamaba

Condoquisano, pero como era idólatra no podia ver en su casa á la nuera cristiana, y estaba tan impertinente en querer pervertirla, que María se vió obligada á salirse de su casa y retirarse á la de su padre. Ofendido de esto el idólatra, escribió una carta á la nuera diciéndole, que si no volvía inmediatamente, la acusaría al rey de Firando que no consentía cristianos en sus estados, á lo cual contestó la santa señora, que la diferencia de religion le impedia regresar á su casa, y que en cuanto á sus amenazas, no solo, no las temia, porque como cristiana sabia despreciar la vida por sostener su fé, sino que el martirio á que se esponia era el objeto de todos sus deseos. Acúsalo al punto Condoquisano al rey, que era furioso idólatra, así como su padre. Llamado don Gaspar á la casa de los Bonzos, que era donde se instruian los procesos contra los cristianos, acudió sin tardanza, y al punto se le presentaron dos soldados para atarle. Preguntó la causa de aquel procedimiento y los Bonzos le contestaron: — Sois cristiano, y como á tal se os ha condenado á muerte. — Pues si esta es la causa, dijo humildemente D. Gaspar, atadme como querais, que no pienso en defenderme.

Por la mañana siguiente vino á visitarle el gobernador, exhortándole á abandonar la fé si queria salvar la vida y las de su esposa é hijos. D. Gaspar le contestó, que estaba pronto á morir por Jesucristo, y que el favor que le pedia, era que le hiciese morir en cruz, como murió nuestro Redentor Jesucristo. Contestó el gobernador que para esto se necesitaba la orden del príncipe, por lo que le mandó llevar al lugar del suplicio; y para hacerle mayor honor, se dispuso él mismo á cortarle la cabeza. El mismo dia fué presa su esposa

doña Ursula y su hijo D. Juan, que advertidos de que D. Gaspar habia sido ya decapitado, iban alegres á morir por la fé. Por el camino descargó un soldado un fuerte sablazo á Ursula: resbalóse el acero y no murió, por cuya circunstancia tuvo la señora lugar de arrodillarse y de invocar á Jesus y á María, y recibió el segundo golpe que le quitó la vida. D. Juan que iba delante volvió el rostro, y viendo morir á su madre, se puso al momento de rodillas, y allí mismo le fué cortada la cabeza.

20. Creció en perversidad el Cubo y estremándose contra los cristianos, mandólos desterrar á todos. Hallábase entre estos el príncipe Juan, rey de Arima, el cual sufrió su destierro, haciendo santa y penitente vida, en espacion de tantos malos ejemplos como antes habia dado, y deseando expiar con su muerte los males cometidos; mas ved como se dignó Dios complacerle por medio de su bárbaro hijo, el príncipe Miguel, el cual despues de haberle usurpado el reino le ocasionó la muerte del modo siguiente. Hízole pues acusar al emperador por falsos delitos, y este, solo porque lo odiaba, le condenó á morir sin examinar las acusaciones. En consecuencia mandó 150 soldados á ejecutar la sentencia. Es costumbre en el Japon, que cuando se condena á muerte á un príncipe, las gentes de su corte lo defienden hasta morir; pero el príncipe Juan les rogó que le dejasen acabar quietamente, y le obedecieron aquellos, aunque con bastante repugnancia por lo mucho que le amaban. No contento con esto les obligó á jurar que no se abririan el vientre despues de su muerte, como era la costumbre. Escribió en seguida una tierna carta á su bárbaro hijo, pidiéndole perdon por los malos

ejemplos que le hubiese podido dar. Ordenó despues que le leyesen la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, á quien sumergido en llanto, pidió perdon de todos sus pecados, se mandó traer un crucifijo y dos velas, y puesto de rodillas se preparó á sufrir el fiero golpe, que recibió al punto con cristiana resignacion. Su esposa la princesa Justa, que se hallaba presente, tomó la cabeza y la besó, retirándose despues á su estancia en donde se cortó el cabello, en señal de que se retiraba del mundo. Su hijo el tirano Miguel, tomó al momento posesion de las riquezas de su padre; mas no tardó en recibir el digno castigo que merecia su inhumano parricidio.

21. El nuevo rey de Arima, el impío parricida Miguel, desesperado de que todos sus súbditos estuvieran prontos á morir por la fé, mandó publicar un edicto, por consejo de sus bonzos, en el cual se ordenaba, que todos sus vasallos prestasen juramento de fidelidad poniéndose sobre la cabeza el libro de Cami y Fotoqui, declarando reo de lesa magestad, al que se negase á hacerlo. Pero todos los cristianos se presentaron publicando en alta voz, que estaban prontos á obedecer al rey en un todo, aunque no en sufrir el contacto de aquel infame libro; y hubo algunos que fueron á pedirlo, no para ponerlo sobre sus cabezas, sino para pisarlo ignominiosamente debajo sus pies. Informado de semejante accidente, ordenó el príncipe que todos fuesen degollados, si bien mejor aconsejado luego, solo hizo morir á algunos, y mandó al destierro los demas. Los condenados á pena capital recibieron la muerte con júbilo, y los desterrados quedaron sumamente afligidos, porque no habían sido incluidos en el decreto de los primeros. El tirano Miguel

habria seguido voluntariamente el infernal consejo de su gobernador Sifioyo que le impelia á hacer morir á todos los cristianos sus vasallos, si no le hubiese detenido el temor de incurrir en el desagrado del emperador. Sin embargo, habia en su corte un valiente capitán, llamado D. Tomás, y no pudiendo sufrir que fuese cristiano, le mandó que renunciase á su religion. Respondióle D. Tomás, que no podia ser traidor á su Dios, y el tirano, siguiendo el consejo de Sifiojo, ordenó á los gobernadores de Arima que le hiciesen morir con toda su familia. Fué don Tomás aconsejado por sus amigos á huir de noche, pero el siervo de Dios respondió, que para morir por Jesucristo, lejos de sustraerse al rigor de sus verdugos, viniera á arrostrarlo gustoso desde el otro lado del mundo; y se dispuso á cumplir la divina voluntad, pasando la noche en oracion. Por la mañana siguiente mandó llamar bajo otro pretesto uno de los gobernadores. Tomás presagiando su muerte, abrazó á su madre y á su esposa é hijos, y se presentó al gobernador, el cual recibéndolo con mucho agasajo le convidó á comer; mas antes de sentarse á la mesa mandó aquel traer una espada, y enseñándosela á D. Tomás le dijo: ¿Qué os parece de esta espada? ¿Conoceis si su temple será bueno para cortar una cabeza? La examina Tomás y devolviéndosela le dice que no puede ser mejor. Entonces el infame gobernador se la mete en el cuerpo villanamente y lo tiende muerto á sus pies.

Otro de los gobernadores habia llamado al mismo tiempo á D. Matias, hermano de Tomás, el cual presintiendo igualmente que iba á morir, se despidió de su familia, preparándose á la muerte: presentóse indefenso y sumiso, y el satélite del tirano sacó la espada, y le dió

muerte del mismo modo que el otro á su hermano.

22. Pasaron en seguida los verdugos á casa de D. Tomás, en donde encontraron á su madre, llamada Marta, á su esposa Justa y á dos hijos que tenia. Así que hubieron entrado dijeron á la madre que se dispusiese á morir con sus nietos. Marta dió gracias á Dios por la gracia que le hacia de llamarla á morir por la fé, y haciendo venir á los niños, el mayor de los cuales tenia once años, y nueve el segundo, los abrazó tiernamente y les dijo: Hijitos míos, vuestro padre y vuestro tío son mártires por Jesucristo: yo debo morir y vosotros tambien conmigo: ¿estais contentos de ir á ver á vuestro padre que os espera en el cielo? Los tiernos infantiles le contestan que esto es lo que desean de todas veras y le preguntan, cuando llegará el momento, y Marta les dice que vayan á despedirse de su madre y que se preparen á morir en aquel mismo instante. Vistióse en seguida de blanco la buena señora y mandó vestir del mismo color á sus nietos, despidiéndose de Justa que quedaba anegada en lágrimas, por no poder morir con sus hijos, esmerándose todos en consolarla con la esperanza de que algun dia tambien ella moriria por la fé, como así sucedió efectivamente. Entraron entonces los niños vestidos de blanco y se arrodillaron delante de su madre, pidiéndole su bendicion; y Jacobo, que era el mayor, le dijo: — Adios, madre mia, mi hermanito y yo vamos á morir, y ya nos falta poco para ser mártires. — La desconsolada madre los abrazó á los dos sin poder contener sus suspiros y fúnebre llanto, y les dijo: — Id, hijos míos, á morir por Jesucristo, y cuando llegueis al lugar del suplicio, mostrad que sois cristianos. Vuestro padre os aguarda, y Jesucristo os llama á su palacio.

Id á morir por aquel Señor nuestro que murió por nosotros. Cuando presentareis el cuello á los verdugos, llamad siempre á Jesus y á María. ¡Cuan infeliz soy en no poderos acompañar á la gloria!

Los soldados entonces metieron á los tres sentenciados en una litera y los condujeron al lugar del suplicio. Llegados al lugar, que estaba rodeado de guardias y espectadores, iban los dos niños buscando con serena vista al verdugo que debía hacerlos morir. Vieron al fin uno que tenia una espada desnuda en la mano, y adelantándose intrépidamente hácia él, se arrodillaron á sus pies, y apretando juntas sus tiernas manos, y llamando á Jesus y á María recibieron el golpe que les quitó la vida. Contenta Marta el presenciar la serenidad y constancia de sus nietos, se adelantó modestamente, y se puso en oracion, que duró una hora entera, y presentando la cabeza, le fué separada del cuerpo de un solo golpe, dando tres saltos al caer en el suelo.

23. Volvamos ahora al príncipe Miguel, que instigado del malvado Sífioyo ya habia hecho morir á su padre. Aconsejado por este pérfido tomó la resolucion de matar tambien á sus dos hermanos que eran cristianos, temiendo que si se presentaba ocasion podrian destruirle. Llamábanse Francisco el uno y Mateo el otro. El primero no tenia mas que ocho años y el otro era mucho mas jóven, aunque ambos daban muestras en tan tierna edad de grande amor á la religion. En cierta ocasion estando la princesa Fima, segunda esposa, ó mejor concubina del rey Miguel, pues habia este repudiado á su primera y verdadera muger, con los dos príncipes, dijo á Francisco: — ¿Quereis renegar á Jesucristo? — Y le contestó el jóven cristiano: — De ningun modo. —

Pues el emperador, continuó Fima, os hará morir. — A lo cual repuso el tierno príncipe : — Muerte tal no se teme, sino que se desea. — Intentó la impía dirigir sus tiros en seguida al otro príncipe, pero lo halló tan firme como á su hermanito, por lo cual se puso de acuerdo con Sifoyo para acabar con los dos. Seducido Miguel, mandólos al momento á Meaco, en donde fueron encerrados en un aposento, y como si Dios les hubiese inspirado el conocimiento de su próximo fin, se preparaban allí á hacer una santa muerte con oraciones y ayunos. La noche que fué la última de su vida, le decia al mayor el criado que los cuidaba, que ya era hora de acostarse, y le contestó el príncipe : — Déjame, que estoy pensando en las penas que sufrió Jesueristo por nosotros, lo cual me fuerza á llorar. ¡Qué bondad, querer morir por nosotros! ¡Pobres idólatras, que no lo saben! — Disponiéndose para acostarse, encomendó su alma á María Santísima, rogándole la acogiese en la bienaventuranza de la gloria si moria aquella noche. En efecto, á poco de estar los dos infantiles dormidos, entró en su cuarto con mucho silencio un asesino, enviado por los gobernadores, el cual arrimándose al primer lecho que era el que ocupaba Mateo, y dormia profundamente, lo mató á puñaladas, y lo mismo hizo con su hermanito Francisco. Doña Justa, esposa del príncipe Juan y madre de los dos hermanitos asesinados, así que tuvo noticia de tal maldad, con cristiana resignacion se conformó á los altos decretos de la divina voluntad, y levantando los ojos al cielo dió gracias á Dios por haber dispuesto llamar á sí á aquellos inocentes corderos sus hijos.

24. Cada vez mas encarnizado el rey Miguel, resolvió

desarraigar de todo punto de sus estados la religion cristiana, no ya con la muerte de sus vasallos, que habria acarreado la ruina del reino, sino valiéndose de los bonzos. Debían éstos pues procurar pervertir por todos medios á los que profesaban aquella religion. Así pues, mandó llamar á la corte al mas famoso de ellos, pero ningun cristiano fué á visitarlo, y los que recibían mandato espreso de verificarlo, se le presentaban con una corona en el cuello, que era el signo de ofrecerse á la muerte. El bonzo predicaba, y nadie acudia á esecucharle. Viendo el príncipe que nadie hacia caso del célebre misionero pagano, dió orden para que todo el mundo acudiese á su palacio á tomar en sus manos una corona idólatrica que les presentaria el bonzo, cuya ceremonia se hacia en honor de Amida. Ningun cristiano quiso recibirla, ni pudo tampoco conseguir su sacrilega concubina que la tomasen las doncellas, á pesar de sus invitaciones, habiendo habido una llamada Maxencia, que la arrojó á la cara del bonzo. Ordenó la misma á sus propias damas que al menos se quitasen las coronas que llevaban en el cuello, y todas rehusaron hacerlo, por lo cual mandó á uno de los oficiales se las arrancase á viva fuerza, y este le contestó que no podia darle gusto, primero, porque como caballero no queria hacer brutal ofensa á una doncellas, y luego, porque era cristiano. Quiso el príncipe por lo menos que los paganos tomasen la corona del bonzo, y tampoco estos quisieron obedecerle. Dirigióse en seguida á una reunion de ocho caballeros de la primera nobleza que estaban allí en conversacion, y les rogó, que á lo menos ocultasen por algun tiempo que eran cristianos : cinco de ellos le dieron palabra de hacerlo, y tres resis-

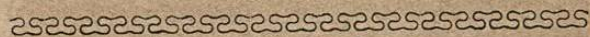
tieron con fortaleza; por lo cual indignado Miguel de tanto escarnio y desobediencia, dió orden para que fuesen estos quemados vivos, y con ellos sus hijos y mugeres. Apenas se hubo publicado tal disposicion, se reunieron mas de veinte mil cristianos en el lugar de la ejecucion, preparándose todos, no á oponerse á ella, sino á morir por la fé, si era preciso. En aquellos momentos, cuatro de los cinco caballeros que habian condescendido á ocultar su religion, se presentan á la multitud, y puestos de rodillas en medio de todos ellos, les piden humilde perdon por el escándalo que habian dado, y ruegan que venga un sacerdote para disponerlos á morir santamente. En seguida escriben al rey, pidiéndole los comprenda en la sentencia dada contra sus tres compañeros, á lo que no quiso entonces condescender el bárbaro, no porque se compadeciese, sino temiendo que aquella numerosa reunion no se adelantase á cometer algun desman, y por la misma razon mandó que fuesen aquellos tres degollados secretamente en la prision en que se hallaban detenidos. Mas habiendo averiguado que los cristianos no se habian reunido con otro fin, que el de asistir á los sentenciados en la hora de la muerte, y para hacerles despues las convenientes honras, dispuso que en medio de una llanura se fabricase al punto una casa de madera, y que despues de haberla llenado de leña seca y paja, sirviese de pira á los que debian ejecutarse, incluyéndose en ellos los cuatro arrepentidos y el último que confesó tambien su pecado y pidió humilde perdon á los cristianos reunidos.

Así pues, el dia 7 de octubre de 1615, comunicada la sentencia á los ocho caballeros, así como á sus hijos y esposas, abrazándose y dando infinitas gracias á Dios

por el beneficio que les hacia de haberles elegido para morir por su santa fé, salieron juntos y animosos para el lugar del suplicio, á donde les acompañaron los cristianos, divididos en dos escuadras, precediéndoles la una y siguiéndoles la otra. Caminaban ordenados de seis en seis cantando la letania de la Virgen Santísima. Los cristianos de la ciudad de Arima llevaban todos un cirio encendido en la mano, y una guirnalda en la cabeza, en honor y gloria de aquel triunfo, y los demas una corona en la mano. Entre los ocho mártires iba Jacobo, que era hijo de uno de los tres primeros caballeros que no quisieron complacer al bárbaro rey, de edad de once años, el cual oyendo que le llamaban mártir, con santa modestia contestó así: — Esperad un poco, no adelanteis el juicio á lo que sea del agrado de Dios disponer: verdad es que diviso la corona, pero todavía me falta sufrir para alcanzarla. — El camino era largo, y algunos cristianos se ofrecieron á llevarlo sobre sus hombros, pero rehusándolo el santo jóven, les dijo: — Sigamos é imitemos á nuestro maestro y Redentor que subió al Calvario cargado del enorme peso de la cruz, que no llevo yo: si me cansase ahora, le eternidad me prepara largo descanso. — Al descubrir el tierno jóven el lugar en donde debia ser quemado, lloraban los circunstantes, y él, con alegre semblante, les decia: — ¿Porqué llorais? ¿Envidiais tal vez mi felicidad? Caminad alegres y gozosos como yo. — Llegaron por fin los mártires al lugar de su sacrificio y entonces cada uno de ellos corrió á abrazar la columna que le estaba preparada y á la cual debia ser atado. Preparada ya la leña, uno de los mártires, subiendo al lugar mas elevado, gritó con esforzada voz á los espectadores. — Herma-

nos, ya divisamos el fuego que debe consumirnos, pero lo contemplamos sin temor, sabiendo que por él pasarán nuestras almas á la vida eterna. Cristianos, nuestra religion es la sola y única dentro de la cual pueden salvarse las gentes. Perseverad en la fé, no os intimiden los tormentos. La pena es breve y ligera y el premio inmenso y eterno. Sed testigos que morimos por la fé de Jesucristo. — Luego que quedaron atados cada cual á su columna, el que hacia de cabeza de aquella reunion de fieles, enarboló un estandarte, en el cual habia una imagen del Redentor, y gritó diciendo: — Hermanos, contemplad á vuestro Salvador, por cuyo amor vais á morir, no olvidéis que os tiene preparada la corona en los cielos. Morid constantes por el que murió por vosotros. — En seguida se levantó el humo salpicado de rojas llamas, y los cristianos se pusieron todos de rodillas á rogar á Dios y á la santa vírgen por los mártires. Toda la llanura resonaba de llantos y de suspiros. El uno invocaba los santos nombres de Jesus y María: el otro daba gritos de misericordia. Habiéndose quemado las ataduras del tierno Jacobo, corrió por entre las llamas y por encima de las ascuas á abrazar á su madre, la cual le dijo entonces: Hijo mio, mira al cielo, grita de todo corazon á Jesus y á María: El inocente jóven gritó por tres veces *Jesus y María*, y cayó muerto á sus piés, y á poco espiró la madre sobre las cenizas de su hijo. Hallábase allí tambien la jóven Magdalena, hermanita de Jacobo, la cual abrasada como estaba se bajó, y tomando unas ascuas encendidas, se las colocó en la cabeza á manera de guirnaldas, despues de cuyo esfuerzo de santo entusiasmo cayó sin vida. ¡Oh qué hermoso triunfo consiguó en aquel memorable dia nuestra santa

Iglesia! Concluido el suplicio los cristianos pasaron al otro lado de la estacada, y recogieron las reliquias de los mártires y las dieron sepultura en una iglesia de Nangasaqui. El obispo del Japon, habiendo tomado los informes del acontecimiento hizo estender de él una acta pública.



CAPITULO SEGUNDO.

CONTENIDO.

1. Persecucion general que principió con la espulsion de todos los misioneros. Los cristianos se proveen de palos en donde ser atados para ser quemados. Tormento de los sacos. Constancia de muchos niños. — 2. Conversion y muerte de un Bonzo. — 3. Fortaleza de un caballero llamado Tito. — 4. Martirio de Clemente y Maxencia su esposa, con dos hijos de entrambos. — 5. Muerte de dos valientes cristianos, Jaime y Tomás. — 6. Muerte de un anciano, llamado Adan. — 7. Conversion de un cristiano apóstata. — 8. El principe Miguel publica un edicto contra los cristianos, y luego es depuesto del trono. — 9. Martirio de Pablo Tarasuco. — 10. Cinco cristianos quemados por la fé. — 11. Padecimientos de los cristianos de la cárcel de Omura. Un caballero llamado Lino muere por no querer jurar por los dioses del Japon. — 12. Martirio de Jacobo. — 13. Martirio de Baltasar, tesorero, y constancia de su esposa Lucia, de Tecla su hija y de otro hijo suyo de edad de cuatro años, llamado Jacobo, que quiso morir con su padre. — 14. Martirio de muchas damas con sus hijos, que murieron quemadas, atadas de dos en dos en cada palo. — 15. Martirio de Marta que quiso morir quemada, abrazada con su madre. — 16. Martirio de otra señora llamada Mónica. — 17. Generoso sacrificio de Ignacio, quemado vivo. — 18. Conversion y martirio de un Bonzo — 19. Muerte de un cristiano, llamado Matias. — 20. Muerte en cruz de cinco cristianos y de Simon y Magdalena su esposa. — 21. Martirio de dos cristianos. Combate de sus esposas que quieren morir en lugar de ellos. — 22. Martirio de Leon. — 23. Un niño con su constancia convierte á su padre apóstata. — 24. Joaquin y Ana su esposa decapitados. — 25. Veinte y un religioso de diferentes órdenes con